

bibliografía

título: Recerques. 1. Història, Economia, Cultura.
edita: Ediciones Ariel.
Barcelona, 1970. 270 pág.

La aparición de Recerques significa un importante progreso en el estudio científico de nuestra realidad social. En la Presentación del vol. I se avanzan las principales razones que han motivado la creación de esta serie:

1º La falta de órganos adecuados que aseguren la publicación de trabajos científicos sobre cuestiones de historia moderna y contemporánea, tanto de carácter político, como económico y cultural. 2º La segmentación en zonas especializadas, la incomunicación de las unas con las otras y, en definitiva, el empobrecimiento de las posibilidades de interpretación global del fenómeno histórico. Estas razones, que nos parece que dan cuenta de la necesidad a que puede responder una publicación como Recerques, no son en cambio suficientemente explícitas para resaltar la novedad y la importancia de la misma.

Respecto a la primera razón, no son tanto órganos especializados los que faltan, pese a que no abunden, como publicaciones coherentes y rigurosas, abiertas tanto al progreso científico como al estudio de temáticas más o menos proscritas por las instituciones dominantes. Las características del Estado español han tenido serias consecuencias en el terreno científico y son causa de su estancamiento por:

- a) la desaparición de casi todas las instituciones y personalidades científicas como resultado de la guerra civil;
- b) la debilidad ideológica del Estado y de las clases dominantes en general que les ha hecho recurrir a la prohibición pura y simple de instituciones y actividades

culturales y a la difusión de ideologías misticadoras sobre la realidad social (visión espiritualista e idealista de España, concepciones católico tradicionales y nacional-sindicalistas sobre la estructura social y la lucha de clases, etc.) c) la falta de instrumentos para desarrollar la investigación, la promoción y la publicación se convierte en círculo vicioso puesto que las fuentes parecen agotarse, no se forman nuevas generaciones de estudiosos y las publicaciones oficiales, casi las únicas existentes, exponiendo sin pudor el estado de miseria intelectual del país, contribuyen al estancamiento de la ciencia y al desaliento de los posibles científicos.

Por lo que respecta a la segunda razón que se propone, la necesidad de una totalización metodológica, nos parece que la importancia de tal propósito, que después vemos que se va cumpliendo en el contenido de los dos números aparecidos, no queda bien reflejada en la presentación. Así se nos dice que se trata «de integrar, en una misma unidad bibliográfica, enfoques temáticos distintos pero, en el fondo, coincidentes: el del historiador entendido en el sentido tradicional y estricto de la palabra, el del economista y el del historiador de la literatura, el arte o la ciencia». No queremos criticar el aspecto gratuito de esta enumeración de disciplinas académicas de la que se excluyen, sin aducir razón o explicación alguna, las restantes (geografía, sociología, antropología, demografía, psicología, etc.). Lo que nos parece importante es la doble confusión que se encierra en la declaración citada. En primer lugar parece como si la necesidad de tratar la realidad social como un todo, es decir poner en relación cada fenómeno estudiado con una estructura social compleja, se satisfaciera por la mera yuxtaposición de artículos cada uno de ellos con su propio enfoque «especializado». No creemos que el autor de la presentación piense realmente esto, pues buena parte de los artículos que siguen se encargan de demostrar que el análisis concreto o la especialización no residen tanto en el tratamiento unilateral de un tema más o menos amplio sino en el estudio complejo de un fenómeno, tan particular como se quiera, pero que sólo puede explicarse articulándolo con el conjunto de estructuras y prácticas sociales. Resultan modelicios artículos como los de Pierre Vilar sobre el Catastro de Ensenada (1750-53), de Nuria Sales sobre el Servicio Militar en el siglo XIX, de Jaume Torres sobre la sociedad rural y movimientos absolutistas o de Josep Fontana sobre las causas de la revolución de 1868, entre otros, aunque prácticamente todos los estudios publicados superan los rígidos límites de las disciplinas académicas (3) y tienen en cuenta a la vez aspectos económicos, políticos, demográficos, ideológicos, geográficos, sociológicos (clases sociales), etc. La segunda confusión a la que nos referimos consiste precisamente en aceptar como buena la artificial división en disciplinas (historia, economía, etc.) suponiendo que la totalización consiste en la suma de éstas (el tópico de lo «interdisciplinario»). La división del trabajo en las ciencias sociales no debe residir tanto en la especialización por disciplinas (4) sino por temas o cuestiones y secundariamente por técnicas (tipos de fuentes, encuestas, cartografía, estadística, etc.). El subtítulo mismo de Recerques nos parece poco afortunado: «Historia, Economía, Cultura». Creemos que después de Marx existe ya la Ciencia de la Sociedad y ésta es la Historia. El especialista puede dedicarse a estudiar preferentemente determinadas estructuras, la económica o la política por

ejemplo, o distintas épocas, pero esta especialización no daría lugar a ninguna nueva ciencia.

El que a la historia se añadan los términos de Economía y Cultura no tiene otra explicación que una pequeña debilidad «camp» del equipo editor, recordando nostálgicos que al tiempo que sustituyeron las canciones de Antonio Machín por los discos de Yves Montand dejaron los manuales de una historia épica y maniquea para leer los ANNALES (Economies, Sociétés, Civilisations) que importó Vicens Vives. Ni el término de Economía añade nada al concepto de historia que necesaria y prioritariamente debe tener en cuenta el estudio de este nivel, ni el término de cultura tiene otro valor que el de ser un cómodo cajón de sastre en el que se recogen estudios diversos sobre aspectos tecnológicos, ideológicos, etc. pero sin designar siquiera ningún nivel preciso de la realidad social. Si con ellos se quiere designar a la infraestructura y a la superestructura en primer lugar, hay que decirlo. En segundo lugar nos parece una tentación dicotómica (que puede conducir al mecanicismo económico o al ideologismo idealista) que sirve para una exposición de manual teórico pero no para orientar análisis concretos en los que hay que dar prioridad a la dialéctica entre todos los niveles o estructuras de la realidad y a las prácticas o comportamientos de los grupos sociales.

Finalmente nos parece que falta en la presentación una clara referencia al marxismo o materialismo histórico. No para imponer límites o condiciones a los colaboradores, sino para señalar el carácter que se quiere dar a la revista de construir Historia (Historia total si se quiere), estudio global cuya base teórica es indiscutiblemente el marxismo. Con ello no queremos significar que no sean interesantes las aportaciones de estudiosos no marxistas (5) (basta citar la importancia de un investigador como Jordi Rubió que publica una sugerente nota y correspondencia en el volumen I y la utilidad de un estudio como el de Francesc Cabana sobre la penetración de los grandes bancos españoles en Cataluña). Ni tampoco que los artículos deban explicitar todos ellos un gran rigor teórico para ser válidos. Pero sí que Recerques, si pretende ir construyendo un análisis científico de la realidad social catalana (6) desde el siglo XVIII hasta hoy, debe poseer una base teórica sólida. Independientemente que los colaboradores partan o no de una base marxista su contribución sólo puede ser integrada en un análisis global utilizando el método y los conceptos del materialismo histórico.

ELEMENTOS PARA UNA HISTORIA DE BARCELONA

El progreso teórico y metodológico de las ciencias sociales por una parte (que hace posible el análisis de los fenómenos como partes de un sistema complejo, contradictorio y dinámico) y el auge del interés por el estudio de la ciudad por el otro (a medida que toda la

sociedad se urbaniza y la ciudad se convierte a la vez en mito de un pasado idealizado y en especativa de negocio o de inseguridad) ha provocado la crisis definitiva de las tradicionales aproximaciones unilaterales a la ciudad. Esta crisis se manifiesta paradójicamente por la proliferación de libros sistemáticos o manuales sobre la Economía urbana, la Geografía urbana, la Sociología urbana, etc. Siempre, cuando un sistema teórico entra en crisis y el progreso científico empieza a encontrar nuevas vías, proliferan los vividores y parásitos que banalizan lo antiguo, que es de lo que tienen noticia la opinión media, y lo ponen en los canales de amplia circulación para responder a una demanda que tiene conciencia de la materia de su interés pero no del objeto concreto del mismo.

Hoy, el estudio de la ciudad se desarrolla a través de investigaciones empíricas o de artículos teóricos que nos aproximan a una visión global del área urbanizada [como espacio conformado por la lucha de clases y marco físico, a su vez, de ésta].

En los dos números de *Recerques* hay cuatro artículos que proporcionan valiosos elementos para una historia de la Barcelona contemporánea.

ELS REBOMBORIS DEL PA DE 1789 A BARCELONA

Artículo de Irene Castells

Es un denso estudio de una joven historiadora, Irene Castells. El artículo nos parece modélico como ejemplo de «análisis concreto de una situación concreta», de análisis de coyuntura, el más complejo de todos. «Lo concreto es concreto porque es la síntesis de múltiples determinaciones luego unidad de la diversidad» (Marx).

La temática es aparentemente simple. El 28 de febrero de 1789 el gobierno mandó publicar por el Ayuntamiento el edicto conforme el cual el precio del pan quedaba aumentado. El pueblo, descontento desde hacía varios días debido a la escasez del pan y al deterioro de su calidad, reaccionó inmediatamente. Por la tarde se concentró y se manifestó por las calles, asaltó las tiendas de pan y «la Casa del Pastim» (7), la cual incendió, siendo dispersado momentáneamente por la intervención del ejército. Momentos antes el Capitán General, Conde del Asalto, tuvo que huir de las iras populares. Al anochecer los manifestantes asaltaron los edificios de los comerciantes arrendatarios del abastecimiento de trigo, Torres y Cía. (pudiendo huir también Torres), y retirándose después de largos y violentos enfrentamientos con la tropa. El domingo primero de marzo una concentración mucho más numerosa se reunió en la Plaza Palacio, manifestándose contra el Capitán General y los jerarcas municipales, cuyas viviendas fueron tomadas. El viernes decide y da a conocer una concesión escrita conforme a la cual se rebaja el precio del pan.

al asalto e incendiadas, así como la del arrendatario Torres. Antes de que terminase la mañana el Go. Despues de un mediodía tranquilo la protesta reaparece por la tarde: ahora por la carestía del aceite, el vino y la carne. Nuevos enfrentamientos con la caballería armada con sables. Se fuerzan las puertas de la catedral y se llama a somatén. El Ayuntamiento envía delegados de la nobleza y los gremios para calmar a los amotinados al tiempo que se rebajan los precios de la carne, vino y aceite. Se consigue así una relativa calma. Por la noche los concejales, la nobleza y los gremios organizan patrullas de vigilancia (que efectúan detenciones) mientras que la caballería, en la plaza Palacio, sigue dispuesta a intervenir y los cañones apuntan a la ciudad. El lunes por la mañana hay un clima de tensión e inquietud. Se publican edictos prohibiendo que el pueblo se concentre («se amotive»), se obliga a los comerciantes y artesanos a abrir sus establecimientos para establecer un clima de normalidad y se dictan medidas de expulsión contra los extranjeros de la ciudad. En los días siguientes se detienen a más de 40 personas y el 27 de mayo fueron colgados cinco hombres y una mujer acusados de promotores de los «rebomboris» y se amenaza con colgar al resto, de momento desterrados. Un mes después del motín, el pan había subido de nuevo si bien el Ayuntamiento, convertido en un importante comprador de trigo, ejercía un control sobre comerciantes y panaderos. Como se ve «Els rebomboris del pa» son un ejemplo de las clásicas revueltas de protesta de las sociedades pre-industriales, determinadas por las crisis periódicas de subsistencia. No son un momento más agudo de un movimiento reivindicativo continuado y eficaz sino una manifestación directa de protesta ante una brusca deterioración de las condiciones de vida que no acostumbra a reportar ventajas duraderas a la población, ni desde el punto de vista de la satisfacción de sus reivindicaciones ni desde el de su organización y toma de conciencia. Ahora bien, la tipicidad de un fenómeno no explica el porqué se produce en un momento dado. Y además estamos en la Barcelona de 1789, centro industrial y gran puerto comercial, la ciudad más importante y dinámica de una sociedad — la España de Carlos III hasta 1788 — en pleno auge de crecimiento y reformas, ciudad muy vinculada por otra parte a un país, Francia, que pocas semanas después entraría en pleno proceso revolucionario. Se trata pues de explicar a través de qué determinaciones estructurales, coyunturales y fenomenológicas se produce la crisis y cómo ésta expresa una situación de transición entre las crisis de las economías relativamente cerradas y estancadas tradicionales y las de las nacientes economías comerciales e industriales.

Irene Castells esboza una inteligente articulación de los distintos tiempos — en términos de Labrouse y Vilar — que convergen en 1789. A) La crisis de la sociedad feudal y los problemas de la

creación de nuevas estructuras de producción e intercambio por una parte y jurídicas y administrativas por la otra. B) La crisis coyuntural de subsistencia, combinada con los nuevos comportamientos comerciales determinados por el objetivo de acumulación de capital. C) El empeoramiento de la situación, en un momento dado, debido a la depresión estacional y a las respuestas que suscita por parte de las instituciones y de los grupos sociales.

El tiempo largo es estudiado a través del proceso polémico entre las tendencias liberalizadoras del comercio de grano — para aumentar la productividad de la agricultura — y las tendencias reglamentistas, partidarias de fijar los precios del trigo y de mantener depósitos públicos de grano para evitar las prácticas acaparadoras y especulativas. El ritmo expansionista de la agricultura de los años sesenta, reforzado por la coyuntura alcista internacional de la década siguiente, decantó decisivamente la balanza por la primera tendencia. En 1765 una Pragmática de Carlos III autoriza la libertad de comercio y transporte de granos. Pero las ciudades y sus Ayuntamientos, precisaban graneros bien abastecidos para garantizar la subsistencia de su numerosa población y el orden público. La libertad de comercio significaba encarecimiento y por lo tanto crecientes dificultades financieras para los municipios. Nos encontramos entre el característico y difícil problema de convertir en «negociable una mercancía de primera necesidad que tradicionalmente había sido objeto solamente de administración». La conversión de un bien, escaso y básico, en objeto del libre comercio, implica una producción suficiente y un comercio eficaz en forma permanente. Cuando falla la crisis es inevitable (8).

Barcelona sin embargo estaba en una situación peculiar. Su dinámica demográfica a causa del crecimiento industrial, daba lugar a la existencia de una población a la que había que asegurar la mínima subsistencia. Era necesario garantizar el abastecimiento de trigo a precios relativamente estables, puesto que el encarecimiento del pan repercutía necesariamente sobre los salarios. Aquí interviene su carácter marítimo: el comercio internacional, es decir las importaciones de trigo, sirven para fijar los precios del grano. Basta entonces con evitar los acaparamientos y controlar la panificación, a diferencia del sistema castellano que, hasta 1765, tasaba el grano y dejaba libre la panificación (para evitar las consecuencias de las variaciones de la producción interior). Así pues, más avanzadas sus características de mercado moderno, Barcelona no queda inmediatamente afectada por la libertad de comercio del trigo.

Pero el proceso económico y jurídico en marcha no se para aquí. Los comerciantes de granos reciben un fuerte impulso y buscan afanosamente asegurarse el control del abastecimiento y del Pastim. Pero también los artesanos, los panaderos, ven la posibilidad

de la libre panificación, consecuencia lógica del libre comercio. A pesar de la oposición municipal, la Real Audiencia es autorizada en 1767 a «establecer el libre panadeo», aún cuando se fijen a principios de cada mes los precios máximos del pan y se obligue a los panaderos a tener siempre surtidos los puestos públicos. La debilidad económica de los panaderos les impide recurrir a las importaciones — que precisan grandes inversiones — por lo que recurren a la producción local y provocan fuertes altas de precios. En consecuencia eluden el compromiso de vender a precios señalados por lo que un año después se entrega el Pastim a los gremios para que aseguren, sin régimen de monopolio, el abastecimiento mínimo. El grupo social más poderoso, el de los grandes comerciantes de trigo, con el camino más desbrozado, ataca directamente la intromisión de los gremios y a partir de 1772 el abastecimiento y el Pastim de la ciudad son arrendados a empresas comerciales.

El tiempo medio es estudiado a través de las series de precios del trigo de 1770 a 1792. La coyuntura alcista general se manifiesta en Barcelona — estrechamente vinculada al mercado internacional — sobre la base de un alto nivel de precios. El alza continuada desde 1777 se acelera vertiginosamente diez años después, con la disminución de las importaciones, sobre todo a partir de las cosechas extraordinariamente pobres en toda Europa de los años 88 y 89. Esta crisis incide sobre una situación depresiva que desde 1787 había afectado a toda la industria y el comercio barcelonés, consecuencia de la coyuntura nacional e internacional, depresión que disminuye los salarios y aumenta el paro. La combinación de una crisis típicamente capitalista con una crisis de subsistencia tradicional se concreta en el hecho que el alza de 1788-89 afectará a unos presupuestos familiares de las clases populares ya muy debilitadas.

Entonces se manifiesta la fragilidad del nuevo sistema de abastecimiento y panificación. Los comerciantes, acostumbrados a beneficios seguros y progresivos desde hacía años, son incapaces de superar la situación de crisis. No encuentran grano suficiente y la harina que sirven es cara y de mala calidad. Los panaderos renuncian a buscar grano por su cuenta — lo que ahora no es rentable — y se justifican culpando a los comerciantes. La ciudad acusa a unos y a otros, especialmente a éstos y sobre todo a Torres y Cía., actuales arrendatarios del abastecimiento, de esperar épocas de mejores beneficios y de ocultar grano (lo que hasta cierto punto era verdad, puesto que después de los *rebomboris* apareció bastante más de lo previsto). La escasez era cierta, el encarecimiento del grano mayor. La Audiencia acabó permitiendo el aumento del precio del pan. El tiempo corto nos explica por qué se da precisamente la crisis a finales de febrero. Cuatro fenó-

menos nos parecen importantes: A) el movimiento estacional de precios que durante todos estos años señala que los meses de precios más altos son los últimos del año y enero y febrero, bajando de abril a octubre. En 1787-88 el alza comienza mucho antes y alcanza su máximo a finales de febrero; B) la decisión de la Audiencia de aumentar el precio del pan sin dar ninguna otra medida como contrapartida destinada a combatir la escasez y a aumentar el poder adquisitivo popular (como se hizo después movilizando la caridad de los ricos y recuperando el trigo más o menos oculto); C) la iniciativa de las masas populares que demuestran durante dos días una singular capacidad combativa (el aspecto de las formas de acción, y de organización, del papel de los líderes y agitadores, del papel de los distintos grupos sociales no está estudiado en el artículo y no parece suficiente calificarlo como movimiento popular espontáneo); D) la reacción del Estado y las clases dominantes que se caracteriza primero por impedir, como sea, que la revuelta se extienda, por lo que ejerce una gran represión y cede, en un primer momento, rebajando los precios para recurrir luego a la medida tradicional de la Junta benéfica; la segunda característica es la gran unidad y actividad que demuestran las clases altas (nobleza, sectores altos de los gremios y grandes comerciantes) que apoyan en todo momento al Gobierno y aseguran la represión y que luego sufragan los gastos de la caridad y la compra de trigo.

Quizá la mejor conclusión sean las inteligentes líneas que Irene Castells dedica a comparar a los *rebomboris* con la revolución francesa. En el primer caso las antiguas clases dominantes y las nuevas clases ascendentes actúan unidas por un Estado en la cima de su prestigio y prosperidad. La burguesía sólo era una fuerza social en Cataluña y se está consolidando beneficiada por la fase expansiva del último tercio de siglo y la política de los Borbones. La primera ruptura de este bloque dominante no se dará hasta 20 años después, entre 1808 y 1812, época de convergencia de los movimientos burgueses antifeudales y antiabsolutistas con los movimientos espontáneos nacionalistas y populares. Entre tanto en París, y en Francia, una burguesía más fuerte se había enfrentado directamente con el Estado absolutista y feudal más débil y se encontró con el soporte de un vasto movimiento popular cuya causa principal era el hambre. No se trata de una coincidencia que no se dio en Barcelona ni en España, sino de un desarrollo más frágil y más desigual de las estructuras capitalistas en nuestro país.

LES ELECCIONS PARCIALS A CORTS CONSTITUENTS D'OCTUBRE DEL 1931 A LA CIUTAT DE BARCELONA

Artículo de Isidre Moles

El interés de estas elecciones reside en la posibilidad de que se

constituyera una alternativa política a Esquerra Republicana de Cataluña, la gran triunfadora de las pasadas elecciones generales del mes de julio. Esquerra Republicana, por otra parte, no presentaba candidatos para las dos vacantes (11) que había que cubrir para no ser acusada de querer monopolizar todos los cargos políticos y representativos y temiendo, sin duda, que aun triunfando perdería votos con respecto a julio. Hay que añadir, además, el hecho que la CNT, en la que dominaban claramente las tendencias no colaboracionistas con la República preconizaba abiertamente la abstención.

Así pues las dos fuerzas principales de la vida política barcelonesa no participaban en las elecciones. La alternativa a Esquerra se planteaba a la vez desde la derecha (Lliga Regionalista, Radicales y Catalanistas Republicanos) y desde la izquierda (Bloc Obrer i Camperol y Partido Comunista y, hasta cierto punto, el Movimiento Federal).

La campaña electoral se caracterizó: a) Por la actividad desplegada por las organizaciones en mejores condiciones para constituir de momento esta alternativa: la Lliga y el Partit Catalanista Republicà (Acció Catalana), por una parte, y el Bloc por la otra; b) por la división y desorientación de los radicales y de los federales; c) por la aceptación unánime de la República y de la autonomía catalana; d) por la viva polémica sobre las cuestiones religiosa y social, especialmente la primera, utilizada demográficamente por la Lliga, pero que el Bloc y los Federales favorecían con sus declaraciones antirreligiosas (12).

En el curso de la campaña se hizo patente que la alternativa política a Esquerra sería principalmente la conservadora. Esquerra representaba la Alianza entre las clases medias y populares con el apoyo de importantes sectores de la clase obrera, bajo una dirección pequeño burguesa pero muy radicalizada por su enfrentamiento con el estado centralista y reaccionario de la monarquía y por las sucesivas alianzas de la burguesía catalana con este estado. Frente a la Esquerra se levantaron activamente los representantes de las clases dominantes, con la Lliga, como principal organización, en primera línea. En contra de la Esquerra, por su carácter de clase, convergieron objetivamente organizaciones e ideologías que hasta entonces se habían enfrentado vigorosamente. Los tradicionalistas como los dinásticos apoyaron a la Lliga, que por otra parte aceptaba explícitamente el sistema republicano. Los catalanistas republicanos y liberales que en distintos momentos del pasado habían roto con la Lliga estuvieron a punto de presentar una candidatura única con ésta (Pompeu Fabra) y si al final Acció Catalana presentó un candidato (Martí Esteve), éste no se vio atacado por la Lliga (13). Los distintos grupos catalanistas repartieron su apoyo entre Rahola, candidato de la Lliga y Martí Esteve. Por su parte los radicales (Lerroux) explicitaron finalmente

su profundo conservadurismo y se presentaron como representantes de «La parte patronal de Cataluña» para «servir de vínculo entre la clase industrial catalana y el gobierno». Estas tres candidaturas recogieron más del 68% de los votos, totalizando la expresión de la opinión pública conservadora de Cataluña.

Ahora bien, este alto porcentaje es muy relativo si se tiene en cuenta que el 70% de la población se abstuvo de votar. Una gran parte de esta abstención se debe tanto a la consigna de la CNT como a la no presentación de candidatos por parte de Esquerra (14). En estas condiciones, como el resultado de las elecciones no iba a tener consecuencia práctica alguna, las posturas abstencionistas triunfaron más fácilmente en las clases populares y en especial entre la clase obrera. También esta abstención popular demuestra la débil implementación en aquellos momentos de las organizaciones socialistas y comunistas (solamente Maurín del Bloc, alcanzó una cifra importante; el Bloc organización comunista catalana que había roto con el PCE y que daba gran importancia a la resolución de la cuestión nacional catalana como una de las tareas de la revolución democrática dirigida por la clase obrera, se vio beneficiado por la fuerza del catalanismo de izquierdas) y la incapacidad de los federales de salir de su prolongada crisis.

Las elecciones de octubre de 1931 son pues una buena muestra para analizar las características y el comportamiento de la opinión pública conservadora en Barcelona. La importancia del abstencionismo popular nos parece que hace poco relevante la expresión de otras posiciones políticas e ideológicas (15).

Las elecciones se dirimieron, pues, entre la Lliga, Catalanistas Republicanos y Radicales. La Lliga demostró, una vez más, ser el gran Partido Conservador Catalán, a pesar de lo desafortunado de su apoyo a la monarquía, en plena agonía de ésta y del profundo y amplio republicanismo barcelonés. Sumó más votos (más de 30.000, el 36%) que los otros dos candidatos conservadores reunidos (17,71 Martí Esteve y 14,91 Giró, el candidato radical). Junto al triunfo de la Lliga hay que destacar la debilidad del centristismo catalanista que estaba en inmejorables condiciones de recoger tanto los apoyos de la derecha liberal, por el desprestigio reciente de la Lliga, como de gran parte del electorado de Esquerra, que lo apoyaba discretamente, para separarlo de la derecha. Finalmente los radicales fueron los grandes derrotados: menos de 13.000 votos cuando en abril habían obtenido más de 28.000, sin llegar al 15% de los votos cuando a lo largo del siglo XX habían obtenido en diversas ocasiones más del 50%. Mientras los radicales se presentaron como una decidida fuerza republicana que se enfrentaba con la monarquía y asumió, demócraticamente, la defensa de los intereses populares, se benefició de los votos de la

En nuestro próximo número aparecerá la continuación de estos comentarios sobre Recerques. Inicialmente se pensó publicar los cuatro artículos de J. Borràs sobre los otros tantos de Recerques. Debido a la falta de espacio publicamos solamente los correspondientes a Recerques 1. Es por ello que las notas no van correlativas en cuanto a la numeración. Las notas 9 y 10 y 17 a 21 corresponden a los artículos sobre Recerques 2 que se publicarán en el n.º 90 de Cuadernos.

(1) RECERQUES. Història, Economia, Cultura. Edicions Ariel, núm. 1, 1970. Núm. 2, 1972. Serie de volúmenes dedicados a recoger estudios o artículos sobre «els diversos aspectes de les terres catalanes, des del segle XVIII fins als nostres dies».

(2) No hay ninguna revista dedicada exclusivamente a la historia contemporánea.

(3) Aunque otros adolecen en cambio de las limitaciones impuestas por la aceptación de la visión unidisciplinaria y del método empírico como por ejemplo, los estudios de Brícall (*Ideologies i programes econòmics de la Generatilitat*), de Garrabou (*Sobre la formació del mercat català en el segle XVIII*), de A. Montserrat i Ros Hombravella (*Entorn al recobrament dels nivells macroeconòmics de pre-guerra a l'Espanya dels 1950*) i J. Termes (*El federalisme català en el període revolucionari de 1868-73*). Lo que no impide que alguno de estos estudios, como los de Garrabou y Termes, por la importancia de la investigación realizada y la amplitud de la exposición no sean de un extraordinario interés, lo que hace lamentar más la falta de ambición o decisión de los autores para formular hipótesis explicativas más complejas.

(4) La actual división de las disciplinas académicas no es solamente arbitraria (disciplinas nacidas en distintas etapas de la historia de la ciencia que se han superpuesto o escindido las unas de las otras según accidentes de la historia institucional e intelectual de distintos países) sino que corresponde además a las necesidades modernas de la ideología burguesa (cuando ya no es progresiva y tiende al irracionalismo) de un saber sectorializado incapaz de proporcionar explicaciones causales sobre los conflictos y las transformaciones sociales.

(5) Son de mucho mayor interés, análisis concretos, incluso generales, realizados por no marxistas que declaraciones doctrinarias y explicaciones mecanicistas de «marxistas». Por ejemplo comparen algunos fragmentos de las Memorias de Churchill sobre la época inmediatamente anterior a la II Guerra Mundial y los primeros años de ésta con muchos textos y artículos de «marxistas» que confundían fascismo, regímenes capitalistas democráticos, socialdemocracia y trotskismo.

(6) La limitación que se imponía Recerques en su Presentación («estudiar els diversos aspectes de les terres catalanes») vemos que por suerte no representa un estrecho corsé y que se publican estudios que abarcan ámbitos más amplios (toda España). Sería interesante que además se publicaran también algunos artículos estrictamente teóricos o metodológicos, exigencia que nos parece urgente en nuestra actual situación de confusión y bajo nivel científico.

(7) El horno municipal.

(8) Sería interesante hacer un paralelismo entre el papel que jugaba el pan hace dos siglos con el que juega la vivienda hoy; un bien igualmente de primera necesidad, escaso, caro, sometido a controles y reglamentaciones diversas, con tendencia a que predominen los precios «rentables» y fuertes oscilaciones coyunturales.

(11) Por renuncia de Macià y Alomar que habían resultado elegidos a la vez en Barcelona y en Lérida y Baleares respectivamente.

(12) Véase, por ejemplo, este proclama del Bloc: «Votar por el BLOC significa votar por: la expulsión de los jesuitas; la disolución fulminante de las congregaciones religiosas; la incautación de todos los bienes de la Iglesia para dedicarlos a la cultura y a la beneficencia social; nacionalización de la tierra, entregándola en usufructo a los que la trabajan; expropiación de los bienes de los monárquicos».

(13) El día de las elecciones, en las últimas horas, cuando el triunfo de la Lliga era evidente, ésta dio la consigna de votar por Martí Esteve para asegurarle el segundo puesto.

opinión pública democrática y de los trabajadores. Pero ahora la república ya estaba instaurada y existía, además, una importante fuerza política no conservadora – Esquerra – por lo que no bastaban ni las proclamas republicanas ni las denuncias del catalanismo burgués; entonces los radicales escogen su campo de clase y como fuerza conservadora pierden su antigua base social popular sin ofrecer garantías a la burguesía, en tanto la pequeña burguesía y clase media en general son una sólida base de la Esquerra. El análisis de los votos por distrito, si tenemos en cuenta la característica segregación social del espacio barcelonés, es muy significativo. La Lliga triunfa en todos los distritos, lo que demuestra la amplitud de la abstención de los trabajadores. No obstante, en las zonas más burguesas (oeste: Sarrià, Sant Gervasi, Les Corts y Ensanche) alcanza cifras mucho más altas que en los barrios típicamente trabajadores (Sants, Poble Nou, Poble Sec, Sant Andreu, Distrito V). Los catalanistas republicanos obtienen resultados similares en todos los distritos (del 15 al 20%) lo que confirma su carácter de típica organización centrista de la clase media, clase que se halla repartida por toda la ciudad. Los radicales obtienen cifras más altas en los viejos barrios populares (Clot, Santa Catarina, Gràcia, Sants y Sant Andreu) que en las zonas burguesas, lo que demuestra que no han encontrado eco en las clases dominantes y solamente han mantenido una parte de su base tradicional, quizás de sectores de la clase media, liberales pero temerosos de la progresiva radicalización popular. La opinión conservadora apoyó masivamente el catalanismo de derecha (Lliga) y de centro (Republicanos) como lo demuestra el hecho que los barrios burgueses dieran todos una mayoría absoluta a estas dos fuerzas reunidas (16).

Para concluir podemos señalar algunos elementos que se manifiestan en estas elecciones y que tienen una validez más general:

a) Cuando las clases dominantes quieren recabar en Barcelona un cierto apoyo popular tienen que recurrir a fuerzas políticas que defienden mínimamente posiciones democráticas. En este caso las mismas se concretaban en la aceptación de la República de abril y de la autonomía de Cataluña. A pesar de ello constituyen una fuerza minoritaria cuando se produce una amplia unidad en las clases populares (elecciones de julio).

b) Cuando las organizaciones de las clases medias adoptan posturas claras de enfrentamiento con la reacción y la derecha en general crean condiciones para la existencia de un amplio movimiento democrático y popular hegemónico (Esquerra republicana en las elecciones de julio). Pero este movimiento no constituye una base electoral que se pueda desplazar impunemente hacia la derecha (el candidato catalanista republicano centrista, no recibió los votos de l'Esquerra).

c) Cuando la lucha política se clasifica (es decir cuando las clases sociales empiezan a actuar abiertamente en la escena política) las fuerzas políticas conservadoras, cuya demagogia les creó una cierta base popular en momentos de confusión, se debilitan extraordinariamente (los radicales de Le Roux).

d) Cuando el movimiento obrero no tiene una línea política propia (CNT) o sus organizaciones son débiles o embrionarias (socialistas y comunistas) el movimiento popular dirigido por la pequeña burguesía es frágil y oscilante permitiendo así la recuperación de la derecha (abstención popular en las elecciones).

Jordi Borja

TRES TEXTOS SOBRE LA CIENCIA DE LOS SIGNOS

Los términos semiología y semiótica han tenido, hasta el momento, escasa fortuna y divulgación entre nosotros. Piénsese que en la última edición del «Diccionario de la Lengua Española» (1970) se nos definen de la siguiente manera: «*Semiología*. f. semiótica.» «*Semiótica*. f. Parte de la medicina que trata de los signos de las enfermedades desde el punto de vista del diagnóstico y del pronóstico.» Es decir, ninguna referencia al empleo en la lingüística de estos términos, ni mucho menos a su carácter interdisciplinar, mientras que, por otra parte, en «el resto de Europa», el uso del término *semiología* se generaliza a partir de los estudios lingüísticos de Ferdinand de Saussure, y el de *semiótica* tras los estudios de Carnap y Morris, que establecen tres dimensiones generales: la semiótica sintáctica (relaciones formales de los símbolos entre sí), la semántica (relaciones de los símbolos a los objetos por ellos significados) y la semiótica pragmática (relaciones de los símbolos con los hombres que los interpretan).

Me parece, pues, de la mayor importancia la aparición casi simultánea en España de tres libros debidos al esfuerzo de una joven editorial, los cuales tienden a establecer unas bases a partir de las que el estudio de la ciencia de los signos, y su creciente importancia en el mundo actual, no sea una discusión abstrusa, cuyo sentido sólo se haga inteligible a los suprespecialistas.

Los tres textos a que hago referencia tienen muy distinta procedencia, pese a la misma identidad del tema. Desde Mukarovsky, miembro del célebre «Círculo de Praga», hasta Roland Barthes, uno de los no menos célebres pontífices de la escuela francesa del «estructuralismo», no van solamente tres lustros, sino un concepto completamente distinto, divergente, de los términos que utilizan y de la metodología con que ha de abordarse su estudio.

Nota final. Una parte importante de los comentarios sobre la temática de los estudios analizados constituye un resumen de éstos. Pero muchas de las consideraciones que se hacen son obra exclusiva del autor de este artículo por lo que no debe hacerse responsables a los autores de Recerques.

(14) Una pequeña parte del electorado de la Esquerra votó al Bloc y otra parte aún más pequeña a Acció Catalana.

(15) Esta opinión queda reforzada si tenemos en cuenta que en la segunda vuelta – el 11 de octubre – para cubrir la segunda plaza (la primera la había conquistado la Lliga el día 4) se presentó únicamente un candidato apoyado por toda la derecha (Marti Esteve, catalanista liberal y dos candidatos de extrema izquierda, Maurin del BOC y Casanellas del P.C.E. A pesar de la clara dicotomía electoral hubo casi el 80% de abstenciones.

(16) Por su parte la extrema izquierda tuvo sus cifras más importantes en los barrios caracterizadamente obreros: Poble Nou, Sant Andreu, Sants, Poble Sec y Distrito V.

tro permanece casi completamente ignorada: «Cada día es más evidente que la base de la conciencia individual está marcada hasta en sus estratos más profundos por contenidos pertenecientes a la conciencia colectiva. Por esta razón los problemas del signo y de la significación son cada vez más apremiantes, ya que todo contenido espiritual, al traspasar los umbrales de la conciencia individual, adquiere el carácter de signo por el mero hecho de su mediación.» Mas si Mukarovsky sienta, por una parte, las bases sobre las que desarrollar, más amplia y profundamente, el estudio de un fenómeno rigurosamente contemporáneo, por otra no acierta a establecer las correspondencias existentes, por más que a veces aparezcan imprecisas o soterradas, entre arte y sociedad: «La ligazón de determinadas obras de arte al contexto total de los fenómenos sociales parece muy libre; tal es, por ejemplo, el caso de los llamados «poetas maudits», cuyas obras son ajenas a la ordenación axiológica contemporánea. Pero precisamente por este motivo permanecen excluidos de la literatura.» El segundo texto de Mukarovsky recogido en el libro se titula «El estructuralismo en la estética y en la ciencia literaria», y fue publicado por primera vez en 1940, aunque su elaboración completa no data sino de 1948, fecha en que aparece en el volumen *Capítulos de la poética checa*. En él, Mukarovsky define el estructuralismo como «la concepción científica que parte y se basa en la unión permanente de la ciencia y la filosofía», y se aplica en el estudio de esta relación y en la definición de una estética estructural, que sería la consideración de la obra de arte como un objeto estético, objeto que no debe ser entendido en un sentido material, «sino como la imagen exterior fenomenal de una estructura inmaterial, es decir, de un equilibrio dinámico de fuerzas representadas por los elementos singulares.» Considera, finalmente, la estética estructural como una parte de la ciencia general de los signos, es decir, de la semiología. Y resume, en poco más de cuatro páginas, toda una teoría estructural de la literatura.

Ambos textos van servidos por una inteligente introducción de Marchán Fiz, que ha cuidado asimismo de las notas con un rigor científico e histórico nada común.

Autor: Jan Mukarovsky
Título: Arte y Semiología
Edita: Alberto Corazón,
(Comunicación)
Madrid, 1971. 73 págs.

De Mukarovsky, recoge dos textos clásicos en el estudio de la ciencia de los signos. El primero, «El Arte como hecho semiológico» data de 1936, y fue redactado inicialmente como conferencia con motivo del VIII Congreso de Filosofía celebrado en Praga en 1924. Fue publicado en francés, dentro del volumen dedicado a las actas del citado Congreso. El autor es plenamente consciente de una evidencia que, aún hoy, entre noso-

Autor: Reznikov
Título: Semiótica y teoría del conocimiento
Edita: Alberto Corazón,
(Comunicación)
Madrid, 1971. 331 págs.

Esta obra del profesor de la Universidad de Leningrado, se nos presenta como un texto fundamental en el estudio de la semiótica por cuanto aborda el tema desde una perspectiva inédita, al menos desde el punto de vista de los círculos occidentales especializados. Rechazando el idealismo de la «arbitrariadad del signo»,

Reznikov se inclina hacia el estudio pormenorizado y en profundidad de la «significación» y la «imagen». Significación que no será ya una propiedad intrínseca de los signos, sino que se establece en la «relación intelectual y social entre los hombres», interpretación ésta que despegue al autor de los textos tradicionales sobre el particular, y que le lleva a romper con el «formalismo» ruso desde el momento en que la imagen no se somete a la teoría de los signos como signo icónico, sino que conserva su propia entidad. No obstante, según la acertada síntesis que los editores del libro ofrecen como introducción al mismo, Reznikov no se arriesga a elaborar una teoría verdaderamente dialéctica de la semiótica, y se detiene en un planteamiento excesivamente mecanicista del problema, basado en las afirmaciones más banales del realismo socialista: la imagen artística como representación y reproducción figurativa. En cualquier caso, el libro pone de manifiesto «los caminos que es menester recorrer para una elaboración teórica satisfactoria de la semiótica.»

Tras una brillante, clara y rigurosa exposición de una noción general del signo (entendiendo éste como «señal» que los hombres interpretan y/o utilizan de muy distinto modo), Reznikov se adentra sistemáticamente en la materia de estudio hasta alcanzar, en el último capítulo de la obra, una compleja teoría sobre el papel creador de los sistemas significativos, determinados siempre por las exigencias de la praxis social y de la ciencia. Lo que el autor se propone, en definitiva, es demostrar «que la función auténtica, inherente a los signos en el proceso creador de la ciencia, consiste en su plena correspondencia con la teoría cognoscitiva dialéctico-materialista», como antítesis de quienes, al pretender analizar el papel creador de los signos, «sostienen que, con la ayuda de los sistemas significativos, a partir de la multiplicidad del hecho sensorial, se obtiene una construcción del mundo».

Autor: Roland Barthes
Título: Elementos de semiología
Edita: Alberto Corazón
(Comunicación)
Madrid, 1971
(2.ª edición). 102 págs.

Si el libro de Mukarovski responde a un planteamiento clásico de los problemas de la semiótica en el mundo contemporáneo (sienta mejor dicho, las bases a partir de las cuales puede plantearse realmente el problema con conocimiento de causa), y el de Reznikov aborda esos mismos problemas desde una perspectiva claramente materialista (aunque, como hemos dicho, sin hacer uso de la suficiente carga dialéctica), este de Roland Barthes, tiene una apariencia mucho menos convencional y plantea la cuestión desde un punto de vista mucho más polémico. Pero debe reconocerse que dicha fuerza polémica viene dada, principalmente, por el carácter hasta

cierto punto empírico de sus elementos científicos, por las afirmaciones y definiciones tajantes muchas veces, y que no siempre están basadas en un análisis riguroso de los elementos comprobados en que se sustentan. Los editores son perfectamente conscientes de tales características, pero el grupo de «Tel Quel», del cual parte Barthes, no siempre hace abstracción del contenido de sus conceptos, ya que entre sus afirmaciones podemos leer el siguiente propósito: «Articular una política ligada lógicamente a una dinámica no representativa de la escritura, es decir, análisis de los malentendidos provocados por esta posición, explicación de sus caracteres sociales y económicos, configuración de las relaciones de esta estructura como el materialismo histórico y el materialismo dialéctico». Con todo, el reproche mayor que se le suele hacer al estructuralismo en general y a Roland Barthes en particular es el de que prestan escasa atención a los significados, quedándose sólo en los significantes. Es decir, mientras se demoran en el estudio de los signos, como elementos autónomos, si bien condicionados por una sociedad, filosofía o moral determinada, no aciertan a analizar la función que esos signos cumplen dentro del sistema en el cual se hallan inmersos, y del cual reciben, en último extremo, su significado y su propia existencia, su sentido. Barthes parte, naturalmente, de Saussure y pasa por Claude Lévi-Strauss, y si bien reconoce que la semiología ha experimentado amplios desarrollos (su exposición de la misma es una perfecta muestra de ello), también acepta que esta ciencia sigue «buscándose a sí misma», por cuanto, contrariamente a lo que Saussure creía, la lingüística es algo más que una parte de la ciencia general de los signos, por cuanto fuera del lenguaje humano, «no es en absoluto cierto que existan sistemas de signos de cierta amplitud». A partir de esta afirmación, buena muestra de esa falta de rigor analítico a que he hecho referencia, el trabajo de Barthes se desarrolla con más intuiciones que demostraciones, y con menos ciencia que poesía.

En el capítulo de su libro en que estudia los conceptos de «significado» y «significante» (quizá el más importante del texto que comentamos), Barthes acepta esa doble realidad en el signo lingüístico, aunque apunta que «muchos sistemas semiológicos (objetos, gestos, imágenes) tienen una sustancia de la expresión cuyo ser no está en la significación; suelen ser objetos de uso, separados de la sociedad con fines de significación». Quizá tengamos ahí la sustancia de la insuficiencia del análisis de Barthes, por más que, a partir de tales presupuestos, el estructuralista francés lleve a cabo una deslumbradora teoría, cuya fortuna se nos hace evidente en infinidad de textos teóricos, y que si bien en nuestro país se ha manifestado sobre todo a través de la crítica literaria, su alcance e influencia han sido muchísimo más amplias.

José Batlló

Autor: Oriol Bohigas
Título: Proceso y ética del diseño
Edita: La Gaya Ciencia
Barcelona, 1972. 239 págs.

Con este título se publica la «Memoria Justificativa del Curso», presentada por Oriol Bohigas en las oposiciones a la Cátedra de Composición II de la Escuela de Arquitectura de Barcelona. Tras haber conseguido la plaza, debido a una serie de circunstancias y acontecimientos que quedan más o menos explicadas en la justificación del libro, se le declaró «decaído en los derechos derivados de la citada oposición». Con ello se convierte en exposición teórica personal lo que hubiera adquirido otras dimensiones tras la confrontación y discusión con los alumnos a quienes en principio iba dirigida.

Interrumpido, pues, el proceso que debía seguir la memoria del curso como propuesta didáctica, su publicación adquiere un carácter de propuesta más general, donde el autor expone sus puntos de vista respecto a los diversos temas que en relación con el proceso de creación y fructificación del objeto diseñado, que en ella se tratan. Se inicia el ensayo con unas consideraciones en torno a una teoría del diseño. Tras la constatación de la crisis de la enseñanza de Proyectos basada en el «aprender a diseñar diseñando», Bohigas pone en duda la eficacia de las «actitudes realistas», considerando que «... estas actitudes son siempre, en los ambientes escolares, absolutamente falsas y provocadoras de la peor desorientación profesional, y que: se está más cerca de una realidad estudiando el proceso y el resultado de un proyecto concreto y realizado que esforzándose en producirlo en el teatral y falso realismo de un encargo escolar...»

A partir de esta opción en la línea pedagógica propuesta se pasa a la consideración del diseño como proceso.

Define a la forma como compensación de los desajustes entre los elementos no homogéneos existentes en el mundo, haciendo referencia a los dos modos de creación de formas explicitadas por Alexander: el «proceso inconsciente», autorregulador, propio de las sociedades primitivas, y la «creación consciente», provocada por la aparición de nuevas estructuras sociales que originan una nueva demanda de formas. Después de constatar que el «proceso consciente» no implica forzosamente un funcionalismo ni una definición de correspondencia óptima entre una función y una forma, llega a la conclusión de que «... el nudo fundamental del proceso está en la organización operativa de datos y en el paso a la elaboración de la forma».

El carácter diferencial del proceso de diseño respecto a otros procesos que pueden considerarse similares, en opinión de Bohigas,

está en que: a) debe considerarse como objeto del diseño la construcción del entorno humano en un sentido restringido por la inmediatez y la cotidianidad, y b) al objeto final se le exigen unos «resultados cualitativos» que pueden ser explicados por la «plusvalía artística» generada por el propio proceso de diseño.

Respecto a la afirmación de que la característica del arte de nuestros días es su «implicación» a los objetos de uso, el autor sostiene que «la implicación artística no es lo que define y distingue al diseño de los procesos antiguos. La implicación artística es, en cambio, lo que distingue al diseño de otros procesos operativamente parecidos y, sobre todo, es un elemento definitivo e indispensable para juzgarlo cualitativamente». En consecuencia, considera que la mayor parte de los errores en los métodos de diseño actuales estriba en la aplicación acrítica de criterios eficaces en otros campos pero carentes de las dos características que definen la especificidad del proceso del diseño.

Dentro del proceso del diseño se pueden identificar una serie de etapas: promoción, conocimiento de datos globales, evaluación de datos, determinación de la forma, ejecución del proyecto, fabricación y consumo. Entendido así el proceso no tiene sentido hablar de autor único, ya que el diseñador puede actuar sólo en algunas de estas etapas y es evidente que cualquier decisión tomada en cada una de ellas condiciona al objeto final.

Hay variables susceptibles de un tratamiento lógico, pero otras se escapan de esta posibilidad de determinación. La mayor parte de estas últimas se encuentran en las etapas: evaluación de datos y determinación de la forma. En ellas intervienen consideraciones culturales, algunas de las cuales completamente distantes del mundo del diseño. Se introduce lo que podríamos llamar «ideología del diseñador».

Refiriéndose a los que intentan superar estos límites del campo de actuación del diseñador defendiendo que un diseño sólo puede producirse a partir de unas motivaciones que serán válidas en la medida en que puedan cambiar estructuras de un nivel superior, Bohigas mantiene que «...se trata de la extrapolación de una general vocación progresista y hasta revolucionaria, que tiene, no obstante, su eficacia en otros tipos de actuación que disponen de instrumentos más adecuados».

Por otra parte, y utilizando conceptos apuntados en «contra una arquitectura adjetivada», critica la actitud que busca para el diseño motivaciones que responden a progresos sectoriales, con la esperanza de que se producirá un diseño igualmente progresivo.

Hechas estas reflexiones respecto al campo de actuación del diseñador, dentro del proceso completo del diseño, pasa a considerar el problema específico de la relación función-forma.

Bohigas se plantea la posibilidad de no aceptar una línea determinista en las relaciones función-forma, en base a la imposibilidad de crear nuevas funciones sin una cierta predeterminación formal y a la consideración negativa del término función o necesidad, generalmente limitado a lo puramente físico.

En este aspecto se muestra más partidario de una relación dialéctica entre función y forma, en general minusvalorada por los «metodólogos científicos».

La introducción de la valencia simbólica en las expectativas del usuario ha provocado actitudes totalmente opuestas a las que defienden el determinismo funcional. En opinión del autor los trabajos de Venturi referentes a Las Vegas son una buena ilustración de la inversión del problema. Con ello el tema ha dado ya una vuelta total: primeramente se soslaya la consideración de las cargas simbólicas o se relega a la superposición histórica sobre el tipo; luego se constata que el usuario insiste en sus demandas de símbolos y éstos de alguna manera se incluyen en la capacidad expresiva de la arquitectura; finalmente esta capacidad expresiva se reconoce insuficiente y el símbolo se independiza y se instala en las técnicas visuales de la publicidad, mientras la arquitectura se reduce —esta vez auténticamente— a una funcionalidad estricta bastante próxima a lo que en teoría proponían los pioneros polémicos del racionalismo.

Se produce, pues, una crítica a la ortodoxia del movimiento moderno, en cuanto que elimina las necesidades que no permiten una determinada concreción formal, desde dos actitudes diferentes: por un lado la de los analistas rígidos que quieren establecer científicamente la relación función-forma, por otro la de los defensores de la contradicción y la ambigüedad como fuentes de estímulos para la creación de forma arquitectónica.

En cuanto a la consideración de la obra de arquitectura en sus relaciones con el contexto en que se produce, Bohigas constata la falta de una ideología a partir de la cual se planteen propuestas de modificación del «status quo», considerando que: «...un pretendido cientificismo progresista que pone el énfasis del diseño en la obtención exhaustiva de todos los datos reales del contexto, tomados como una pura radiografía social, esconde muchas veces tras este énfasis una voluntad conservadora...»

Como superación de los métodos inductivos de diseño, que proceden a partir de enunciados particulares para alcanzar un enunciado general, el autor propone, siguiendo a Popper, un «método deductivo de contrastar» que en síntesis procedería, en palabras del propio Popper, como sigue: «una vez presentada a título provisional una nueva idea, aún no justificada en absoluto —sea una anticipación, una hipótesis, un sistema teórico o lo que se quiera—

se extraen conclusiones de ella por medio de una deducción lógica; estas conclusiones se comparan entre sí y con otros enunciados pertinentes, con objeto de hallar las relaciones lógicas (tales como equivalencia, deductividad, compatibilidad o incompatibilidad, etc.) que existen entre ellas». Analizando el proceso del diseño y constatando las interacciones entre las diversas etapas del mismo, Bohigas se pregunta: cómo, cuándo y con qué intensidad puede influir el diseñador en la determinación de la forma del objeto.

Frente a la actitud positiva que supondría el reconocimiento de la amplitud del campo de actuación del diseñador y la necesaria duda sistemática previa a cada decisión, es partidario de la «pedagogía negativa», basada en la conciencia de la crisis de la profesión y la necesidad de crítica a la sociedad. En este sentido considera que «...es mucho más eficaz y mucho más real convencer al estudiante de que sin cambiar determinadas situaciones más generales muchos de los problemas de diseño no podrán resolverse, que darle la ilusión de que un determinado avance tecnológico y hasta unas especiales fuerzas de organización y de suministro de instrumentos pueda provocar el extraño milagro de arreglar las cosas sectorialmente...»

En cuanto a la actitud profesional del diseñador en la sociedad actual, identifica dos opciones genéricas: la integración en una oficina de arquitectura de grandes proporciones y la integración a la promoción o a la industria de la construcción. En ambos casos el diseñador pierde toda capacidad de influencia ideológica, en lo que Bohigas ve el «...drama cultural y político del arquitecto en la actualidad...»

Refiriéndose al tema de las tipologías en la proyección arquitectónica, propone la definición de tipos como una posibilidad de absorber la experiencia histórica sin caer en una estricta imitación formal.

El proceso tipológico, no obstante, no es lo suficientemente genérico y operativo como para constituir una alternativa concreta y definitiva a la opción intuitiva. Esta dificultad se acentúa al volverse cada vez más complejas las relaciones tipo-entorno.

Por otra parte, las consideraciones tipológicas no anulan el salto inventivo que representa la formulación de una hipótesis. «...La evolución tipológica no es una indicación determinista sino un instrumento de conocimiento y de decisión en el establecimiento de las hipótesis, con un método que no intenta ser inductivo sino deductivo, y que se basa en la imaginación y la capacidad inventiva del diseñador que lo controla...»

El último capítulo dedicado a la experiencia del diseño, es el que aproximadamente responde al título general de la obra y en el que se explicitan conceptos que de alguna manera han estado subyacentes en el desarrollo de la misma.

Partiendo de la oposición proceso/resultado, Bohigas afirma que el conocimiento de los resortes del proceso no garantiza el logro de unos resultados objetivamente positivos. «...La validez de un objeto —en el caso del diseño, que es el que nos ocupa— no se determina por la validez del proceso con el que se ha llegado a él...»

Defiende la sustantividad del objeto resultante, condición que lo convierte en tema de fruición y no sólo de «análisis lógico».

En cuanto a la fruición del objeto en relación con el método utilizado para describirlo, mantiene «...que es posible que la manera de iniciar esa «erótica» del diseño sea muy parecida a la de «medir» los monumentos, es decir, conocerlos en detalle y penetrar en ellos con fruición sentimental y epidérmica sin preconceptos entorpecedores. Para abrir este camino de fruición no hará falta tomar posiciones críticas o historiográficas previas: ni las referencias de carácter estilístico y filológico; ni la aplicación de modelos más o menos coherentes como serían el modelo racionalista o el orgánico enfrentados en una polémica un poco inútil; ni el establecimiento de jerarquías de valores, como la consideración del espacio como único protagonista de la arquitectura; ni siquiera el esfuerzo de adecuación a los procesos productivos, etc. Habrá que aprender a ver el objeto y a describirlo de tal manera que el método de la propia descripción sea un nuevo instrumento de conocimiento y de fruición...»

Helio Piñón

sidad de expresión de éste y poniendo por delante el riesgo de sus opciones de partida. Revista «de tendencia», por tanto, como ellos mismos dicen en la presentación-manifiesto que abre sus páginas.

Si tuviéramos que buscar una referencia que ilustrara un poco la primera imagen de esta nueva publicación deberíamos referirnos a «AC», la publicación de nuestro GATCPAC con quien, casi con devota referencia, establecen los redactores de «2C» un voluntario nexo, que va desde el formato hasta las repetidas afirmaciones de voluntaria continuidad con lo que sigue siendo válido de la aportación del racionalismo a la arquitectura moderna.

No vamos a entrar aquí en las cuestiones de contenido, en las afirmaciones que invitan ya ahora a la controversia. La discusión puntual no es demasiado posible ya que la línea de tendencia presentada es global, quiere abarcar la totalidad del hecho urbano y en ella la autonomía de lo arquitectónico; toma posiciones en lo estético, en lo metodológico, y en una interpretación de nuestra historia urbana, tomándola como base de contrapropuestas globales, de alternativas de conjunto a la marcha de los acontecimientos de nuestra sociedad.

Así, la línea de tendencia se torna actividad crítica, interpretación, ofreciendo su propia versión de los hechos y su propia contraimagen de la ciudad posible.

Con ello nos han puesto ya una buena parte de las cartas bocabajo: opciones teóricas, interpretación histórica, presupuestos metodológicos, contrapropuestas.

Sólo falta a nuestro parecer una cosa para tener el reparto completo de una tendencia global y coherente: una poética, la línea personal que construye la forma de esta contraimagen y de esta contra-arquitectura (¿posible?) de la ciudad.

Las espadas están en alto. Seguiremos hablando de ello. Entretanto a Salvador Tarragó —promotor inexcusable— junto con todo el equipo redactor, desde «Cuadernos», nuestro saludo.

N. R.

UNA NUEVA REVISTA DE ARQUITECTURA:

«CONSTRUCCIÓN DE LA CIUDAD. 2C.»

Este es nuestro acuse de recibo y nuestra nota de saludo a la nueva revista de arquitectura y urbanismo «2C».

Ahí está el propósito que anima al grupo redactor de la nueva publicación «Construcción de la Ciudad. 2C»; la difícil empresa de llevar adelante una revista especializada.

Este tipo de publicaciones han sido en nuestro país material raro. Casi siempre se han tenido que producir a cobijo de organismos, empresas o corporaciones que les prestaran su apoyo material y la continuidad de su organización estable. Pero lo que es ya «rara avis» entre nosotros es la revista «de grupo»; el órgano de expresión de una determinada línea de ideas que produce una revista como vehículo de difusión de las mismas. «2C» se presenta descaradamente así, como revista de grupo, nacida de la propia nece-